

La intrahistoria del 'Cántico espiritual'

EDUARDO CASTRO

«El poema de amor más humano, erótico y sensual que se ha escrito nunca en castellano». Así es como me definió Amancio Prada en 1983 el 'Cántico espiritual', cuyas primeras estrofas fueron escritas, o mejor dicho, compuestas y memorizadas en 1578 por Juan de Yepes, San Juan de la Cruz, durante su reclusión en un calabozo de Toledo, donde permaneció más de ocho meses encarcelado en pésimas condiciones y sin papel, pluma ni medio alguno para escribir, tras ser acusado de trabajar junto a Teresa de Ávila, Santa Teresa de Jesús, en la reforma de la orden carmelita.

Fray Juan había sido detenido en el mes de diciembre del año anterior en el convento de la Encarnación de Ávila y «transferido en gran secreto, por caminos poco frecuentados, a Toledo», donde, como detalla Gerald Brenan en su extraordinaria biografía del poeta, «fue introducido de noche en la ciudad, con los ojos tapados para que no supiese donde estaba, encerrado en una celda del convento carmelita, llevado ante un tribunal, hallado culpable de rebeldía y contumacia, y como tal condenado a prisión».

Al principio estuvo encerrado en una celda ordinaria, pero, al saberse que su compañero de condena había logrado escapar, fue trasladado a un lugar más seguro: «una pequeña habitación de seis por diez pies que servía de retrete a la habitación adjunta». Aquello, más que una cárcel, debió parecerle al fraile la antesala del infierno, pero, como declaró ante los carmelitas calzados que lo juzgaban, recibiría con gusto el castigo, ya que él «se había unido a los Descalzos precisamente para escapar de comodidades y honores».

Así describe su biógrafo británico la celda donde el poeta ideó el maravilloso 'Cántico': «Estaba iluminada por una aspillera de tres dedos de ancho situada en la parte superior de la pared. A través de esta abertura le llegaba el rumor del Tajo, que corría junto a su prisión. Su lecho consistía en una tabla en el suelo cubierta con dos viejas mantas... En invierno

tenía que soportar un frío terrible. Luego a la llegada del verano sufría igualmente un calor asfixiante. Como no le dieron ninguna muda de ropa durante los nueve meses que estuvo en prisión, estaba invadido por los piojos. Su alimento eran unos mendrugos de pan y unas sardinas –en ocasiones sólo media– que le provocaron disentería».

Por si esto fuera poco, los días de ayuno «era llevado al refectorio donde comían los frailes y, arrodillado en el centro de la sala, recibía pan seco y agua como un perro... Acto seguido recibía la disciplina circular en su espalda desnuda: cada fraile lo golpeaba a su vez con una vara mientras recitaban el 'Miserere'... Era el castigo más severo y degradante que podía infligirse a un fraile. Él conservó las señales de estos azotes hasta el fin de su vida».

Cómo pudo, en tales condiciones, concebir versos tan hermosos como los del 'Cántico', es algo ciertamente inconcebible. Cómo supo, además, guardarlos luego en la memoria para, tras escapar del cautiverio en la noche del 14 al 15 de agosto, y ser nombrado en octubre prior del monasterio del Calvario, cercano a Beas de Segura, terminar de escribir allí las maravillosas 'Canciones entre el alma y el esposo' que lo componen, resulta más inverosímil aún si cabe. Sin embargo, así fue cómo ocurrió, si nos atenemos a la historia. Gracias a lo cual, Amancio Prada pudo y supo componer la extraordinaria versión del 'Cántico' que, en 1983 y por primera vez desde que se concibiera el poema, pudo escucharse en la portentosa voz del cantante leonés en el auditorio Manuel de Falla, a escasos metros del convento de los Santos Mártires donde San Juan escribiera, cuatro siglos antes, su comentario en prosa a la famosa obra lírica, además de su no menos célebre 'Noche oscura del alma' y el último de sus grandes poemas: 'Llama de amor viva'. La misma versión, por cierto, que volverá a interpretar ahora en el teatro Isabel la Católica, esta vez en el marco del Festival de la Guitarra y en memoria de Jesús Fernández.